

El Catecismo de la Iglesia Católica. Profesión de fe y nueva Evangelización

Manuel del Campo Guilarte

PROF. EMÉRITO UNIVERSIDAD SAN DÁMASO
MADRID

RESUMEN En el marco de la Nueva Evangelización y en la celebración del Año de la fe, el Papa Benedicto ha vuelto a promover el *Catecismo de la Iglesia Católica* como la formulación esencial y completa del contenido de la fe para los hombres de nuestro tiempo y un instrumento de renovación eclesial. El presente artículo estudia la estructura y organización interna del *Catecismo* que hace de él un instrumento privilegiado para la transmisión de la fe. Su articulación en torno al Símbolo de los Apóstoles y su división cuatripartita ofrecen el marco necesario donde la Iglesia hace resonar la Palabra de Dios, y proclama ante el mundo la profesión de la fe.

PALABRAS CLAVE *Catecismo de la Iglesia Católica*, Símbolo de los Apóstoles, profesión de la fe, transmisión de la fe.

SUMMARY *In the New Evangelisation context of this Year of Faith, Pope Benedict has once again turned to promoting the Catechism of the Catholic Church as the essential and complete formulation of the Faith content for men and women of our times and as a tool for Church renewal. This article offers a study of the structure and internal organisation of the Catechism that makes it a privileged instrument for the transmission of Faith. Its makeup centres around the Apostles' Creed and its four-part division gives us the necessary framework for the Church to clearly proclaim the Word of God and the profession of Faith to the world.*

KEYWORDS Catechism of the Catholic Church; *Apostles' Creed*, *profession of Faith*, *transmission of Faith*.

I. INTRODUCCIÓN¹

Inicio esta reflexión trayendo a nuestra memoria el testimonio del Apóstol Pablo en su misión y entrega al servicio de la fe. Un servicio a la fe que brota de su encuentro con Cristo en el camino de Damasco.

1 El presente trabajo recoge la *Ultima Lectio* del Prof. D. Manuel del Campo en el homenaje que la UE San Dámaso le ofreció

Pablo, consciente de la cercanía de su muerte, exhorta a Timoteo a mantenerse firme en la fe, y a conservar la doctrina que le ha sido confiada. Ante todo, le dice, “busca la fe” (2 Tim 2,22). Después de una intensa andadura como Apóstol de Jesucristo, tras una vida de entrega al Señor y a las tareas del ministerio que le ha sido encomendado, Pablo pide encarecidamente a Timoteo que procure vivamente la búsqueda “de la fe junto con los que invocan al Señor con corazón limpio” (2 Tim 2,22).

Estas palabras, en el contexto en que fueron pronunciadas, tienen la impronta de una petición prioritaria y esencial, además de significar la entrega de un legado que ahora le pide preservar y transmitir fielmente. Mantener la fe con fidelidad, aún cuando sean muchos los desafíos y dificultades de la edad presente.

Tiempo atrás ya se lo había pedido a Timoteo insistentemente: “Esta es la recomendación que te hago, Timoteo, hijo mío: participa en este hermoso combate, conservando la fe” (1 Tim 1,18). “Tú busca la fe... Pelea el noble combate de la fe” (1 Tim 6,12). Al igual que él mismo lo ha hecho a lo largo de su vida apostólica y que certificará en el martirio: “Yo estoy a punto de derramar mi sangre en sacrificio, y el momento de mi partida es inminente. He peleado el noble combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe” (2 Tim 4,6-8).

Una fe, afirma Pablo en su carta a los Colosenses, que abre “a los tesoros de la sabiduría y del conocimiento que hay en Cristo” (Col 2,3); que nos reconcilia con Dios “si permanecemos cimentados en la fe e inmovibles en la esperanza del Evangelio” (Col 1,23); una fe que abre de par en par las puertas de la salvación (Cf 1 Co 15,2). Una fe que es para Pablo fuente de vida: “Para mí vivir es Cristo” (Fil 1,21), “Vivo yo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí, y mi vida ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí” (Col 2,20).

Buscar la fe, guardar y conservar la fe, mantenerse firme en la fe, sosteniendo el noble combate de la fe, pues “el justo vive de la fe” (Rom 1,16-17). Una fe que entraña el seguimiento, la identificación con Cristo y la comunión con Él.

El jueves 11 de Octubre el Papa Benedicto XVI daba inicio solemnemente al *Año de la Fe*, a los cincuenta años de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II. En su homilía nos invitaba “a entrar hoy más profunda-

mente en el movimiento espiritual que fue el Vaticano II, para hacerlo nuestro y realizarlo en su verdadero sentido. Un sentido, decía el Papa, que ha sido y sigue siendo la fe en Cristo, la fe apostólica, animada por el impulso interior de comunicar a Cristo a todos los hombres”².

En su Carta Apostólica *Porta Fidei*, por la que se convocaba el *Año de la Fe*, el Papa mostraba su decisión a hacer coincidir la fecha de su inicio con el 50 Aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y, asimismo, con la celebración de los 20 años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica* “promulgado –afirmaba– por mi predecesor, el Beato Papa Juan Pablo II, con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y la belleza de la fe”. Asimismo el Papa ha querido convocar la Asamblea General del Sínodo de los Obispos, sobre el tema: *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. En la Carta Apostólica de convocatoria del *Año de la Fe*, decía el Papa: “Será, este *Año de la Fe*, una buena ocasión para introducir a todo el cuerpo eclesial en un tiempo de especial reflexión y de redescubrimiento de la fe”³. “Un tiempo de gracia espiritual que el Señor nos ofrece para recordar el don precioso de la fe, para intensificar la reflexión y confesión de la misma, para renovar y revitalizar la vida de la Iglesia y de sus miembros y actualizar nuestra exigencia de transmitir la fe a las generaciones futuras”⁴.

A continuación, en dicha Carta Apostólica, el Papa hacía referencia al *Catecismo de la Iglesia Católica*, prestándole una especialísima atención. Le presenta como “subsidio precioso e indispensable” y “uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II”; como “una contribución importantísima a la obra de la renovación de la vida eclesial”⁵. Asimismo, en la Misa con la que se iniciaba el *Año de la Fe*, el Papa quiso expresar, mediante el signo de la entrega del Catecismo, el especial interés con que la Iglesia debe seguir acogiendo hoy.

Por otra parte, el propio Pontífice ha querido confiar el *Catecismo de la Iglesia Católica* al “Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización” como una de sus tareas específicas, tal como se afirma en su Carta Apostólica, *Ubicumque et semper*. El nuevo Dicasterio, así lo dispone el Papa, “deberá promover, el

2 BENEDICTO XVI, *Homilía de la misa de apertura del Año de la fe* (11-X-2012).

3 BENEDICTO XVI, Carta apostólica *Porta Fidei*, 4.

4 Cf *Ibid.*, 8

5 Cf *Ibid.*, 10, 11 y 12.

Catecismo de la Iglesia Católica como formulación esencial y completa del contenido de la fe para los hombres de nuestro tiempo”⁶.

Ante esta especial consideración del *Catecismo de la Iglesia Católica* por parte del Santo Padre en estos tres recientes acontecimientos eclesiales (el *Año de la Fe*, el *Sínodo sobre la Nueva evangelización*, y el *Consejo Pontificio para la Nueva evangelización*) cabe preguntarnos sobre el por qué de tal recomendación. ¿Qué significado tiene ahora esta llamada de especial atención al *Catecismo de la Iglesia Católica*? ¿Qué se nos quiere decir? ¿A qué se nos invita?

Acogiendo esta llamada del Papa deseo ofrecer algunas reflexiones, si bien a modo de breves apuntes, sobre el *Catecismo de la Iglesia Católica*, y en concreto sobre aquello que constituye su núcleo básico: el acto de fe, la profesión de la fe.

II. EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, ANUNCIO DE LA PALABRA Y PROPOSICIÓN DE LA FE DE LA IGLESIA

Consideramos en primer lugar su estructura. Al abrir el *Catecismo de la Iglesia Católica* ésta es la primera realidad con la que nos encontramos: su estructura cuatripartita, que organiza la distribución de su contenido, así como el orden interno que guardan las partes entre sí. Sabemos que esta estructura “se inspira –así lo afirma el propio Catecismo– en la gran tradición de los catecismos, los cuales articulan la catequesis en torno a cuatro pilares: la profesión de la fe (el Símbolo) los sacramentos de la fe, la vida según la fe (los mandamientos) y la oración del Señor (el Padrenuestro)” (CCE 13).

Ya los Padres de la Iglesia decidieron articular la amplia y rica doctrina de la Sagrada Escritura en estas cuatro partes, como refiere San Agustín⁷. El propio *Catecismo Romano*, siguiendo esta orientación de los Padres, asumió la distribución cuatripartita por entender, como se lee en su Prólogo, que “la explicación de estos cuatro apartados, síntesis fundamental de la Revelación (*quasi communibus Sacrae Scripturae locis*) proporcionará a los fieles el co-

6 BENEDICTO XVI, Carta apostólica *Ubicumque et semper*, art 3,5.

7 Cf SAN AGUSTÍN, *Sermo ad catecumeno*, PL 40, 636.

nocimiento de las principales verdades que deben conocer”⁸. Y concluye el Prólogo afirmando: “Siempre que los párrocos expliquen textos del Evangelio, y en general de la Sagrada Escritura, sepan referirlos a la materia relativa a estas cuatro secciones, como fuentes fundamentales de la doctrina (*universam divinae Scripturae vim atque rationem*)”⁹.

Así pues, la estructura interna del *Catecismo de la Iglesia Católica* que presenta y comunica la fe de la Iglesia, y que pone de manifiesto, como se ha hecho a lo largo de los siglos, la forma eclesial de la transmisión de la fe, es una síntesis fundamental de la Revelación; es decir, contiene la Palabra de Dios, la verdad y el amor de Dios y los acontecimientos de la salvación, que resplandece en Cristo, mediador y plenitud de la Revelación, como afirma *Dei Verbum* (cf. DV 2). Dios ha querido revelarse a sí mismo, manifestar el misterio de su voluntad e iniciar el diálogo de la salvación, invitando al hombre a la comunión con El (cf. DV 2).

A la Revelación de Dios le corresponde la respuesta del hombre. Nuestra mente y nuestro corazón son invitados a atender y acoger una Palabra que nos precede. Y así, por su propia naturaleza, queda establecida una relación y unidad profunda entre la proposición de la fe que presenta el *Catecismo de la Iglesia Católica* (de una fe profesada, celebrada, vivida y hecha oración) y el acto de fe con el que se cree. Esta correspondencia entre la estructura del Catecismo y el acto de fe pertenece a la esencia misma del Catecismo. En esta clave del anuncio de la Palabra y de la respuesta de la fe ha de ser entendido el *Catecismo de la Iglesia Católica*. En este marco en el que la Iglesia “hace resonar” la Palabra de Dios y proclama ante el mundo la profesión de su fe.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, en el que está contenido intensivamente todo el misterio de Dios, representa el desarrollo de una única verdad: Dios mismo, y está al servicio de la fe, del acto de fe; llamando y orientando, pudiéramos decir, al acto de fe, teniendo como núcleo referencial de su estructura el acto de fe. Este es un dato importante que es oportuno analizar, aunque sea brevemente.

8 Prólogo del Catecismo romano, 12.

9 Ibid., 13.

III. EL SÍMBOLO DE LA FE Y EL ACTO DE FE

Al inicio del *Catecismo de la Iglesia Católica* nos encontramos con esta afirmación básica: “Nuestra exposición de la fe seguirá *el Símbolo de los Apóstoles*, que constituye, por así decirlo, el más antiguo catecismo romano” (CCE 189). Los autores del *Catecismo* descubren así una decisión esencial que tomaron al inicio de sus trabajos y que va a orientar la composición y redacción del *Catecismo*, al determinar que será el *Símbolo de los Apóstoles* la base y el asiento de la exposición orgánica de la fe. Muestran así, en primer lugar, su vinculación y adhesión al testimonio apostólico que funda la Iglesia; y, en segundo lugar, el deseo de resaltar (tengamos en cuenta su carácter de Símbolo bautismal) la acogida de una fe que nos da la vida que ha nacido del Bautismo.

Con anterioridad a esta afirmación, el *Catecismo* va a dedicar un amplio espacio (de los números 144 al 197) a contextualizar esta elección fundamental, presentando el sentido y naturaleza de la fe, las características de la misma, así como la profesión de la fe y la función de los símbolos de la fe.

Así pues, teniendo como primer punto de referencia la profesión de la fe de la Iglesia mediante el Símbolo, los autores del *Catecismo* desean que éste sea una expansión y desarrollo (*explanatio*) de este núcleo fundamental que es el *Símbolo de los Apóstoles*, entendido como acto de fe bautismal. Y así quedará resaltado en el texto: “La primera profesión de fe, dice el *Catecismo*, se hace en el Bautismo. El Símbolo de la fe es, ante todo, el Símbolo bautismal” (CCE 189).

Desde los inicios de la Iglesia, la regeneración del hombre por el Bautismo está vinculada a la confesión de la fe. De hecho, la fórmula de la profesión de la fe no es sino expresión de la norma bautismal que encontramos en San Mateo 28,19: “Id y haced discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. El bautizando es invitado, en un diálogo, a confesar su fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Hay unas preguntas sobre la fe y sus correspondientes respuestas que, en el centro mismo de la celebración bautismal, son una profesión de fe y parte constitutiva esencial del Sacramento¹⁰.

Pero veamos qué relación guardan entre sí el Símbolo y el acto de fe. Digamos, de modo general, que el Símbolo de la fe expresa al exterior el acto

10 Cf SAN AGUSTÍN, *De Bapt*, 6, 47; PL 43, 214.

de fe de quien lo proclama y que ambos, por su propia naturaleza, constituyen un acto unitario. El acto de fe se dirige, ante todo, a Dios mismo, como respuesta del hombre a su invitación y a su amor. Ahora bien, “el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de gracias que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo”¹¹. Cuando el hombre alcanza a descubrir y reconocer este don del amor de Dios, un impulso nuevo le lleva a El, como aconteció en el Apóstol Tomás: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20,28). Es la respuesta del corazón, del interior de nosotros mismos, que se dirige hacia el Señor para afirmar: Creo en ti, me confío a ti, me entrego enteramente a ti. Después vendrá el acto exterior y público de la confesión de la fe, del reconocimiento y proclamación de las verdades y los acontecimientos de nuestra salvación, y del testimonio de la fe.

Por esta confesión de fe el creyente, a quien antes le había sido transmitido y enseñado el Símbolo de la fe por parte de la Iglesia (*traditio symboli*), ahora da razón de él ante la Iglesia, reunida en Asamblea litúrgica (*reddit symbolum*) y proclama su entrega al Señor. En este sentido, puede afirmarse que la profesión de fe ante Dios es, en primer lugar, un acto de acción de gracias y de alabanza a Dios, un acto de culto. En efecto, por la profesión de la fe estamos expresando, ante todo, el honor a Dios al proclamar la verdad y el amor de Dios que se nos ha dado. Estamos, asimismo, manifestando el asentimiento y la adhesión a Dios en la comunión de la Iglesia, ante la que profesamos la fe. Así cómo dando testimonio de fe ante los hombres, mediante nuestra profesión, que es, por eso, acto de transmisión, expresión viva y esencial de la transmisión de la fe.

Pero volvamos al acto de fe como acto interior y anterior del hombre. San Agustín hace notar que, en relación con Dios, hay tres dimensiones que integran el creer del hombre: *credere Deum, credere Deo, credere in Deum*. Henry de Lubac, comentando estas palabras dice: “Son tres actos que van encadenándose el uno con el otro, siguiendo una progresión necesaria. Únicamente el tercero, que supone e integra a los dos anteriores, caracteriza a la verdadera fe. Únicamente él constituye al cristiano”¹². En la distinción agustiniana de las dimensiones de la fe, éstas no son excluyentes entre sí. Se trata de distinguir para discernir los rasgos respectivos y, sobre todo, para señalar la necesaria progresión del acto de fe: el camino de la fe.

11 BENEDICTO XVI, Carta apostólica *Porta Fidei*, 10.

12 HENRY DE LUBAC, *La fe cristiana*, Salamanca, 142.

El acto de fe tiene como fuente y origen el amor de Dios. El es quien da el primer paso, saliendo a nuestro encuentro, para conducirnos a la plena comunión con El. San Pablo proclama así este don de Dios en la carta a los Efesios: “Bendito sea Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo [...] ya que El nos eligió antes de la creación del mundo, nos predestinó a ser hijos adoptivos por Jesucristo” (Ef 1,3.10).

El acto de fe es, pues, fruto de un pensamiento y de un acto de amor precedente, libre y gratuito de Dios en Jesucristo. Y así, cuando en respuesta al amor de Dios, el hombre se confía y entrega a El, se inicia un acontecimiento de encuentro y de diálogo con El, se establece un nuevo vínculo de reciprocidad y de fidelidad “interpersonal”, pudiéramos decir. El ser entero del hombre queda así comprometido y orientado desde el fondo de sí mismo. Ha nacido una relación nueva, ahora no en la perspectiva del hombre y una gran idea, o del hombre y un poder supremo, o del hombre y la madre naturaleza, sino una relación de confianza y de amor entre la persona del hombre y Jesucristo, el Hijo de Dios. Con razón diría San Agustín: “Esto quiere decir creer en Cristo: amarle”¹³. En esta perspectiva de amor y fidelidad, de relación y de diálogo, el Papa Benedicto XVI propone considerar el acto de fe: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, Jesucristo, que da un nuevo horizonte a la vida, y con ello una orientación decisiva”¹⁴.

En resumen, el acto de fe entraña a la vez “la adhesión personal del hombre a Dios y el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado” (CCE 150). Esta unidad del acto de fe, que integra a la Persona y a la Verdad, a Dios y al hombre, se ha de predicar tanto del acto interior de la fe como de su expresión externa en el Símbolo de la fe. Pues bien, pudiéramos decir, que el *Catecismo de la Iglesia Católica* en su estructura y organización interna propone la fe de la Iglesia teniendo presente la forma y unidad interna del acto de fe, y se encamina, como a su meta, al acto de fe. Se asienta sobre la Palabra de Dios desde la que la Iglesia nos descubre, con sus palabras, los acontecimientos de la salvación, y nos llama al acontecimiento de nuestra profesión de fe. El *Catecismo* tiene por objeto anunciar la fe y llamar a la vida evangélica, transmitir la fe y conducir al encuentro con Cristo. Con razón es considerado

13 SAN AGUSTÍN, *Enarrationes in Psalmis*, 130, 1; PL 37, 1704.

14 BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1.

“el libro de la fe” para la fe, para ir de la fe de la Iglesia, a través de las palabras que la exponen y explican, al acto de fe de cada creyente. Es el libro que contiene la profesión de la fe que proclama la Iglesia, e invita a todo creyente a renovar viva, profunda y conscientemente la profesión de su fe en toda su riqueza y sentido verdadero. Lo dice de esta manera el propio *Catecismo*: “Como el día de nuestro bautismo, cuando toda nuestra vida fue confiada ‘a la regla de doctrina’ (Rm 6,17) acogemos el Símbolo de esta fe nuestra que da la vida. Recitar con fe el Credo es entrar en comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; es entrar también en comunión con toda la Iglesia que nos transmite la fe y en el seno de la cual creemos” (CCE 197).

Por eso, cuando la Iglesia pone hoy en nuestras manos el *Catecismo* nos está invitando a contemplar en él las riquezas que contiene, la fe que da la vida; nos convoca a acercarnos a él con ojos nuevos, los de la fe y por ella entrar en comunión con Dios y con la Iglesia. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos habla de la fe, es decir, de adhesión y asentimiento a Dios, de oración y acción de gracias, de conformar la vida según el Evangelio, de adoración y alabanza a Dios, que nos incorpora a la vida verdadera y nos invita a dar razón de nuestra esperanza. Que todo esto, unitariamente, es la fe, el acto de fe.

Por eso, también aquí refiriéndonos al Catecismo, haríamos bien en acercarnos a él con una mirada nueva; no tan solo como a un tratado sobre la fe, sino advirtiendo y prestando atención a todas las diversas dimensiones que le hacen justicia, conforme a la naturaleza del mismo. Acercarnos de esta manera a él significa disponernos a transitar, en primer lugar, por la *via veritatis*, para descubrir y contemplar la fuerza y la verdad de la fe, la solidez y coherencia interna de la confesión cristiana, que hace a la fe atractiva y razonable a la mente humana, y se ofrece al hombre como Sabiduría manifestada plenamente en Jesucristo y es luz que alumbra y fecunda el conocimiento humano y da sentido a la vida entera del hombre. A través de la verdad de la fe es Dios mismo quien, por su iniciativa divina, nos guía hacia su intimidad y nos invita a acoger la verdad de la Revelación en la fe. Como diría San Agustín, no somos nosotros quienes poseemos la Verdad después de haberla buscado, es la Verdad quien nos busca y nos posee.

En segundo lugar, aproximarse al *Catecismo* con una mirada nueva significa adentrarnos con decisión por la *via pulchritudinis* capaz de abrir el horizonte del pensamiento humano a la meditación y la contemplación de la belleza de Dios, y permitir apreciar el esplendor y la belleza de la fe. Abrirse

camino por esta vía, que nos hace perceptible y aún fascinante el mundo del espíritu, de lo inefable e invisible, de Dios, dejándonos impregnar por la belleza que en el misterio de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre y salvador del mundo, nos habla directamente al corazón, nos cautiva y nos atrapa en lo más profundo de nuestro ser. Asimismo, esta vía de acceso y reconocimiento despertará en nosotros la admiración, al contemplar en la santidad de los testigos del Señor la fuerza y el atractivo del Evangelio del Reino, capaz de generar hombres nuevos que, nacidos de la gracia de Dios, renuevan fielmente su entrega a Cristo en la alegría de la fe, ofrecen su respuesta al amor de Dios, entregando su vida como servicio.

Y, finalmente, progresar por la *via amoris*, para allí poder gustar, por una parte, la riqueza de los dones que el amor de Dios nos ha regalado y esperamos poseer en plenitud; y, por otra, aprender a responder con la fidelidad, el amor y la adoración, al amor gratuito de Dios. Y así, aquél deseo íntimo de bien y de felicidad que todo hombre experimenta y que jamás logra saciar plenamente, aquél anhelo profundo desde el que somos impelidos a salir de nosotros mismos hacia el sumo bien deseado, se hace realidad cuando, por la gracia de Dios y la fuerza de su amor, somos conducidos en la fe al encuentro y a la unión con Cristo. En Jesucristo, la manifestación perfecta e insuperable del amor absoluto e irrevocable de Dios al hombre, y el camino abierto que nos permite entrar en su intimidad y comunión, Dios ha pronunciado su Palabra definitiva (cf. DV 2 y 3): el amor y su designio de salvación. Sí, la verdad de Dios es su amor gratuito y fiel por el que nos invita a compartir su vida. En Jesucristo, que es “testigo de la verdad”, como El mismo afirma ante Pilato (Jn 18,37), se transparenta y se muestra la verdad de Dios: el amor que entrega a su Hijo a la muerte por nuestra salvación.

La conjunción de estas tres dimensiones o vías de aproximación al *Catecismo de la Iglesia Católica* nos permitirá reconocerle y apreciarle en toda su riqueza y significación. Y en él a la fe de la Iglesia.

IV. DE LA PROFESIÓN DE LA FE A LA TRANSMISIÓN DE LA FE

En el mes de noviembre del año 2011 el Papa Benedicto XVI decía a los Obispos de Benín: “El *Año de la Fe* que he querido promulgar será una

buena oportunidad para fomentar en los fieles el descubrimiento y la profundización de su fe en la persona del Salvador de los hombres [...] para poner a Cristo en el centro de la vida. Nos debe guiar el rostro crucificado y glorioso de Cristo, para testimoniar a todos su amor por el mundo”.

El Papa está invitando incesantemente a la Iglesia a redescubrir y profundizar la fe (el amor) en la persona de Jesucristo, y a ponerle en el centro de todo; y así dar testimonio de El a los hombres de hoy. De la fe, pues, de la profesión de la fe a su transmisión. Esta es la llamada primera y esencial.

Hoy, con especial inquietud, nos preguntamos ¿Cómo transmitir la fe de modo creíble? ¿Cómo abrirse paso en una sociedad tan secularizada y desertizada? ¿Cómo evangelizar?

En una de las biografías de San Francisco de Asís, escrita por San Buenaventura, leemos lo siguiente: “Desde entonces, Francisco, fiel a la inspiración divina, comenzó a plasmar en sí la perfección evangélica y a invitar a los demás a penitencia. Sus palabras no eran vacías, sino, llenas de la fuerza del Espíritu Santo, calaban muy hondo en el corazón, de modo que los oyentes se sentían profundamente impresionados”¹⁵.

Tras su decisión de seguir en radicalidad las huellas de Cristo, Francisco comenzó a plasmar en sí la forma evangélica de vida, y, como consecuencia, a ser testigo vivo del Evangelio. Sus palabras nunca serán ya palabras vacías, sino llenas del Espíritu y calarán hondo en el corazón de sus oyentes. Todo había comenzado en el encuentro con Cristo, como en San Pablo. Así nació en él, a través de un intenso proceso de conversión y purificación, un amor entrañable a nuestro Señor, hasta su identificación con Él.

Dice su primer biógrafo Tomás de Celano, que estando Francisco en las ruinas de la Iglesia de San Damián, mientras oraba postrado ante la imagen del crucificado, plasmada en aquella tabla bizantina, oyó una voz que le llamaba: “Francisco, anda y repara mi casa que, como ves, está a punto de arruinarse toda ella”¹⁶. Francisco se dispone a obedecer y concentra todo su esfuerzo en la decisión de reparar materialmente aquella pequeña Iglesia. “Pronto va a descubrir, sin embargo, que aquella voz divina se refería a la reparación de la Iglesia que Cristo adquirió con su sangre”¹⁷. Reconstruir la

15 SAN BUENAVENTURA, *Leyenda mayor*, cap III, 2

16 TOMÁS DE CELANO, *Vida Segunda*, cap VI, 10

17 BUENAVENTURA, II, 1

Iglesia, renovar la Iglesia en sus miembros, para que el rostro de Cristo se refleje en el rostro de la Iglesia. He aquí el objetivo de entonces, como también lo es de ahora.

Así nació el nuevo espíritu de la vida y misión de la familia franciscana: seguir a Cristo y configurarse con El, y anunciar el Evangelio con el testimonio de la vida; “no con palabras vacías, sino llenas de la fuerza del Espíritu”. Los Santos de todos los tiempos han hecho cercano y posible el camino abierto por el Señor que dice a todos los que somos enviados en misión: “Seréis mis testigos” (Hch 1,8). Sí, antes de preguntarnos por el cómo desarrollar nuestra misión evangelizadora en el mundo actual, somos llamados a reconstruir y fortalecer nuestra identidad como testigos de la fe, como testigos del Señor que muestran y transparentan ante los hombres el rostro de Cristo.

La Iglesia es en el mundo y en la historia el Sacramento de Cristo. Sólo a través de ella se alcanza la realidad de la que es signo o sacramento, como sólo a través de Cristo se llega a la realidad del misterio de Dios¹⁸: “Si me conocierais a mí, dice el Señor, conoceríais también a mi Padre...Felipe, quien me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14,7-9). Jesucristo es el camino para acceder al Padre, la “imagen del Dios invisible” (Col 1,15). Esto vale decirse también de la Iglesia. Cuando la Iglesia profesa la fe y celebra los sacramentos, cuando muestra la forma de vida evangélica de sus miembros en el seguimiento de Cristo y practica la oración del Señor, da a conocer al mundo a Jesucristo, y su luz resplandece en el rostro de la Iglesia (cf. LG 1). Anunciar la fe y ser testigo de ella ante los hombres, llevar a los hombres a Dios y comunicarles la gracia de la salvación, conducirles al encuentro con Jesucristo, el único salvador del mundo, es la única razón de existir de la Iglesia, su misión propia.

Por eso, por encima de otras urgencias y necesidades, es la hora de la fe, de renovar y revitalizar la fe para reconstruir la Iglesia, como advirtió San Francisco de Asís, y así reflejar el rostro de Cristo ante los hombres. Con razón escribió Henry de Lubac: “Si Jesucristo no constituye su riqueza, la Iglesia es miserable. Si el Espíritu de Jesucristo no florece en ella, la Iglesia es estéril. Su edificio amenaza ruina, si no es Jesucristo su arquitecto. No tiene belleza alguna, si no refleja la belleza sin par del rostro de Jesucristo. Ella nos retiene en las sombras de la muerte si su luz no es “luz iluminada” que viene entera-

18 Cristo es, en su humanidad, el Sacramento de Dios, el rostro de Dios. Cf SAN AGUSTÍN, *Epist* 187, 34: “Non enim est aliud Dei misterium nisi Christus” (PL 38, 845)

mente de Jesucristo. Toda su gloria es vana, si no la funda en la humanidad de Jesucristo. Su mismo nombre nos resulta extraño, si no evoca inmediatamente en nosotros el único Nombre que les ha sido dado a los hombres para que alcancen su salvación. La Iglesia no significa nada, si no es el sacramento, el signo eficaz de Jesucristo”¹⁹.

V. CONCLUSIÓN

Nos preguntábamos al comienzo por qué el Papa Benedicto está pidiendo a la Iglesia fijar su atención hoy en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. La respuesta, lo hemos visto, es la fe, la prioridad y necesidad de la profesión de la fe de la Iglesia. Si la fe es el principio de vida que salva al hombre, la fuente de la que brota la renovación de la Iglesia y la condición de su vitalidad, profesar la fe y vivir de la fe será, sin duda y por encima de otras necesidades, el objetivo primero. Es la hora de la fe. La hora de lo primero y esencial. La hora de acudir a los cimientos que sostienen a la Iglesia y a sus miembros.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, como hemos visto en su estructura interna, se presenta no como una exposición de lecciones, sino como un itinerario que enseña a acoger la Palabra de Dios, que contiene en sí nuestra bienaventuranza (Cf Lc 11, 28), a reconocer la verdad y el amor de Dios, y a responder a su iniciativa con la fe. Es decir, se muestra como un servicio a la fe, como un camino para avanzar hacia la fe.

Y a su vez, si la confesión de la fe es la clave de la presentación de la fe que ofrece el Catecismo, la enseñanza de la fe será no una mera comunicación de principios, ideas o valores, sino un testimonio vivo que invita a iniciar un itinerario interior hacia la fe en Dios, hacia el encuentro personal y comunitario con Jesucristo, que orienta y guía la vida. Todo lo demás en el cristianismo se deduce de esto (Benedicto XVI). En la misión de anunciar y transmitir la fe, no se trata de renovar nuestras acciones y discursos, sino de afirmar la fe, fuente y aliento de nuestros trabajos y de la vida entera.

19 HENRY DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, (Madrid 1988) 175-176 (sobre textos del San Hipólito, Orígenes, San Ambrosio, San Agustín, San Ireneo y San León)

El Papa, en la Misa del inicio del *Año de la Fe*, se refería a cómo está aumentando, entre nosotros, la realidad de la “desertización espiritual”, es decir, la situación de un mundo sin Dios, en el que se ha difundido el vacío. “En el desierto, afirmaba, se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida, y de esta forma mantengan viva la esperanza. La fe vivida, añadía, abre el corazón a la gracia de Dios que libera del pesimismo. Hoy más que nunca, evangelizar quiere decir dar testimonio de una vida nueva transformada por Dios, y así indicar el camino”. Y concluía: “Así podemos representar este *Año de la Fe*: como una peregrinación en los desiertos del mundo contemporáneo, llevando consigo solamente lo que es esencial: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas, como dice el Señor a los Apóstoles al enviarlos a la misión (Cf Lc 9,3) sino el Evangelio y la fe de la Iglesia, de los que el *Concilio Ecuménico Vaticano II* es una luminosa expresión, como lo es también el *Catecismo de la Iglesia Católica* publicado hace 20 años²⁰.

20 BENEDICTO XVI, Homilía de la Misa de apertura del Año de la fe (11-X-2012).